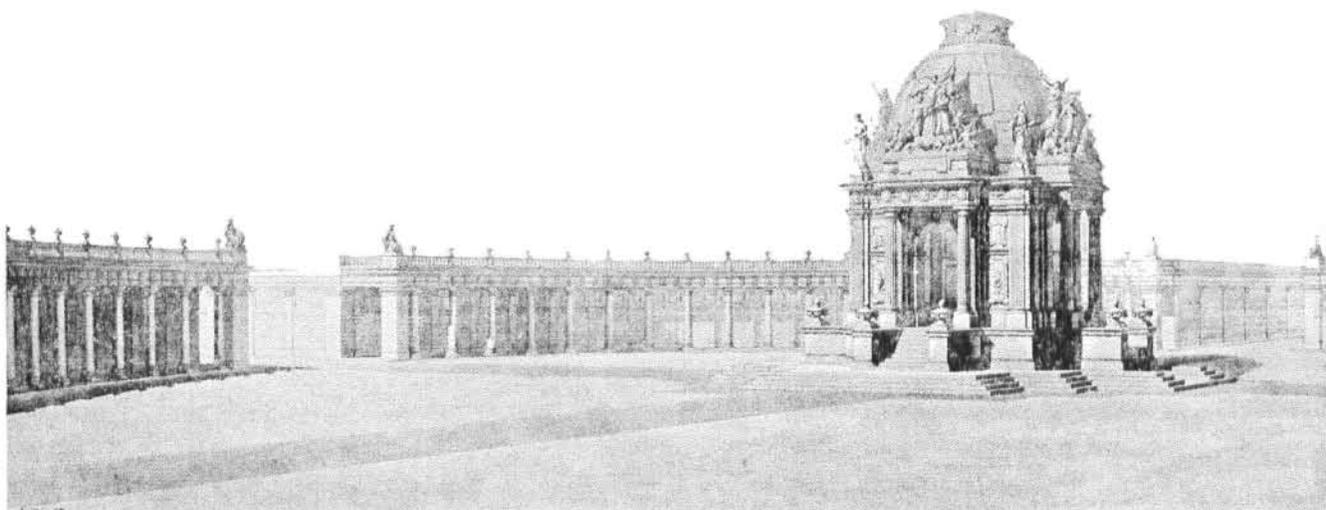


El
PANTEÓN NACIONAL
Una obra olvidada

ENRIQUE AYALA
Departamento de Métodos y sistemas



E UNA ÉPOCA DE INTENSA ACTIVIDAD CONSTRUCTIVA

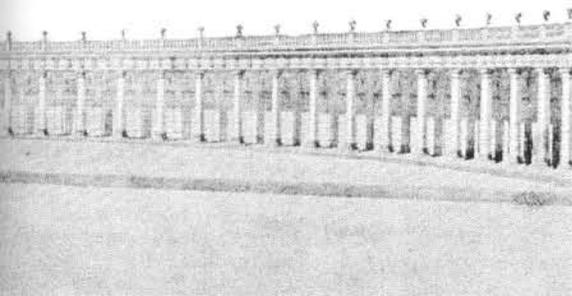
El porfirismo (1876-1911), constituye uno de los episodios más intensos y pletóricos de actividad constructiva de nuestra historia nacional; las obras de arquitectura, de urbanismo y las grandes redes de infraestructura pusieron la impronta en este singular periodo. Sólo se registró una mayor actividad edificatoria durante el siglo de la conquista, con la fundación de un gran número de ciudades, y la construcción de los edificios y las infraestructuras en esas urbes.

Durante la dictadura porfiriana, la ciudad de México es el sitio que concentra la más abundante y significativa producción arquitectónica, y es también la principal beneficiaria de las obras urbanísticas y de infraestructura. Se levantan en ella diversos monumentos, los cuales, junto a los grandes edificios de la época han modelado gran parte de la imagen actual de nuestra ciudad. Obras como el Teatro Nacional (Palacio de Bellas Artes), el Correo Mayor, el Palacio de Comunicaciones (Museo Nacional de Arte), el Hemiciclo a Juárez y la Columna de la Independencia son algunas de esas arquitecturas monumentales.

En la urbanística destaca la creación de por lo menos 26 colonias, entre ellas la Morelos, Hidalgo e Indianilla (que forman la actual colonia de los Doctores), la San Rafael, Juárez, Roma, Condesa y Cuauhtémoc. Con estos fraccionamientos, dirigidos a sectores muy diversos de la población, hacia el final del periodo porfiriano la ciudad casi quintuplicó su extensión original, pues también absorbió en su crecimiento diversas haciendas, ranchos y barrios indígenas relativamente cercanos.

Estos fraccionamientos dieron lugar a una intensa producción habitacional destinada a todos los sectores de la población, levantándose desde palaciegas residencias hasta muy humildes vecindades, sin faltar las privadas y los edificios de departamentos. Estos últimos reaparecieron después de casi un siglo de haberse construido los primeros ejemplos, convirtiéndose junto con las vecindades en las modalidades más comunes para alojar a la población, la cual también experimentó un crecimiento hasta entonces inusitado.

Las redes de infraestructura permitieron a la ciudad superar sus deficiencias higiénicas y las carencias de alumbrado y pavimentos, para constituirse en una adelantada metrópoli, dotada de agua entubada, drenaje, energía eléctrica, pavi-



mentos, transporte urbano y servicio telefónico. Sin embargo, esa modernidad resultaba aún bastante limitada, pues únicamente el área central de la ciudad y algunos nuevos fraccionamientos gozaban de los modernos servicios; otros barrios de la capital y muchas de las poblaciones aledañas y del interior del país permanecían muy distantes de estos beneficios.

Sin embargo, las desiguales características del régimen no fueron obstáculo para que la época descollara por su intensa actividad edificatoria, al grado que se contó para el diseño y la realización de varias de las obras con el concurso de arquitectos, ingenieros y constructores extranjeros. Asimismo, algunos proyectos de importantes inmuebles fueron objeto de concursos de

resonancia internacional, los cuales convocaron a un amplio número de arquitectos europeos y estadounidenses. A pesar de esta gran apertura hacia el trabajo de los arquitectos extranjeros, principalmente italianos y franceses, los profesionistas mexicanos tuvieron también una intensa actividad, fueron autores de edificios y monumentos de relieve. Tales son los casos de los arquitectos Antonio Rivas Mercado, Eusebio de la Hidalga, Emilio Dondé, Manuel Francisco Álvarez, Antonio M. Anza o Guillermo Heredia, entre muchos otros. Precisamente hacia el último decenio del régimen, cuando la capital se preparaba para ser el marco majestuoso de las celebraciones del primer centenario de la Independencia Nacional la actividad edificatoria monumental adquirió gran intensidad, dando inicio la construcción de obras nuevas de capital importancia, y la también, ampliación y refuncionalización de antiguos edificios coloniales.

Muchas de estas obras se terminaron exitosamente, otras más quedaron inconclusas, ya que precisamente en el año en que se celebró el centenario de la Independencia Nacional, también dio inicio la Revolución, la cual terminó con la dictadura de más de treinta años y propició cambios profundos en todos los ámbitos de la Nación, aunque truncando de paso proyectos y obras ya iniciadas. (Fig. 1).

LOS ADALIDES DE LA PATRIA

Durante todo el siglo XIX, perpetuar la memoria de los héroes nacionales fue una aspiración importante, sin embargo, no se pudo contar con un lugar adecuado para ello, pues la inestabilidad política y económica del país nunca permitió la edificación de ningún mausoleo o monumento cívico, más allá de algunos sepulcros de cierta importancia simbólica, que se erigían en los diversos cementerios, donde se depositaban los restos de quienes habían prestado grandes servicios a la patria.

Fue hasta 1872, cuando el entonces presidente de la República, Sebastián Lerdo de Tejada, decretó que dentro del Panteón de Dolores, primer cementerio civil del país, cuyas obras comenzaron en 1874, se destinara "un espacio para honrar a su muerte a



FIGURA 1. MONUMENTO CENTRAL DEL PANTEÓN NACIONAL.

FIGURA 2. ORIGINALMENTE ESTABA DESTINADO A LOS HÉROES DE LA INDEPENDENCIA, PERO SE PREFIRIÓ DESTINARLO A TODOS AQUELLOS QUE ENTREGARON SU VIDA POR LAS CAUSAS DE LA PATRIA.



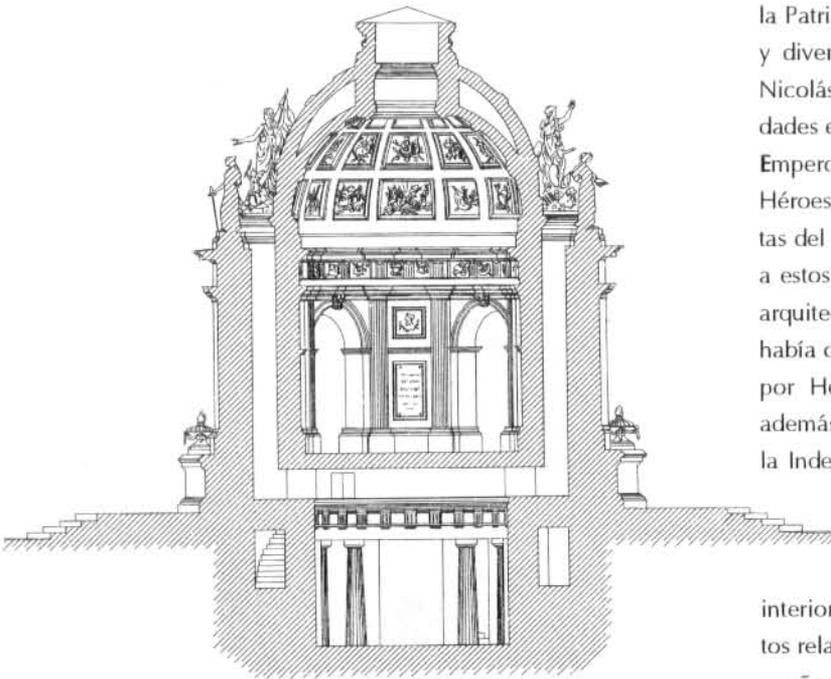


FIGURA 5. CORTE DIAGONAL DEL MONUMENTO CENTRAL.
CENOTAFIO Y CRIPTA DEL MONUMENTO PRINCIPAL.

un arquitecto que se encargara de diseñar el Monumento a los Héroes de la Independencia; la designación recayó por unanimidad en el arquitecto Guillermo de Heredia, ausente en ese momento.

Para entonces, el lugar donde habría de erigirse el monumento ya no era la Rotonda de los Hombres Ilustres, pues se consideró que estaba demasiado distante de la ciudad, lo cual dificultaría el traslado de quienes quisieran honrar a los héroes ahí sepultados. El nuevo sitio seleccionado fue la antigua huerta del Hospital de San Hipólito, en la recién fundada colonia Guerrero. Heredia presentó el proyecto, que gozó de la simpatía del presidente y del secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, pidiéndole este último a Heredia hacer un modelo a escala de un décimo, el cual fue mostrado en la Exposición de París de 1900. (Fig. 2).

LA CRISTALIZACIÓN DE UN SUEÑO: EL ALTAR DE LA PATRIA

Por diversos motivos, el inicio de las obras del proyecto realizado por Guillermo de Heredia no fue inmediato y sólo hasta el 15 de septiembre de 1903 fue cuando el presidente Porfirio Díaz, contando con la asistencia de todo su gabinete, el Ayuntamiento de la ciudad, el cuerpo diplomático extranjero y corporaciones y sociedades científicas, entre otros notables invitados, colocó la primera piedra del ansiado Altar de

la Patria. Se interpretaron para la ocasión el Himno Nacional y diversas piezas sinfónicas; se leyó poesía y el arquitecto Nicolás Mariscal pronunció un discurso resaltando las cualidades e importancia del monumento que se levantaba.

Empero, esta edificación ya no era el Monumento a los Héroes de la Independencia, puesto que en una de las glorietas del Paseo de la Reforma ya se erigió la columna dedicada a estos mismos héroes, la cual había sido proyectada por el arquitecto Antonio Rivas Mercado y cuya primera piedra se había colocado el 2 de enero de 1902. El edificio proyectado por Heredia sería entonces el Panteón Nacional, donde además de depositarse los restos mortales de los caudillos de la Independencia, estarían los de otros mexicanos distinguidos, quienes por su sacrificio en aras de la Patria también resultarían dignos de veneración.

Al colocarse la primera piedra del edificio, en cuyo interior se encontraba encerrado un cofre, con los documentos relativos a la ceremonia, los periódicos del día y monedas acuñadas en ese mismo año, ya se había construido la cimentación, como era costumbre en estos casos. El mismo arquitecto Heredia, quien se había hecho cargo de la construcción del cimientado, quedó como director de las obras del mausoleo.

FIGURA 6. ELEVACIÓN DEL MONUMENTO CENTRAL.
LOS EPISODIOS MÁS NOTABLES DE LA HISTORIA NACIONAL SERÍAN
EVOCADOS POR MONUMENTALES ESCULTURAS.



EL EMPLAZAMIENTO

La ubicación del Panteón Nacional, como ha quedado ya anotado, era la huerta del viejo hospital para dementes de San Hipólito, el cual habría de demolerse cuando se concluyera la edificación del Hospital de la Castañeda en el rumbo de Mixcoac. El proyecto del panteón incluía la construcción de una plaza de planta circular de 120 metros de diámetro, a la cual concurrirían dos calles, para dar acceso al monumento, y que hacían necesaria la expropiación y la demolición de algunos edificios.

Entre los edificios que serían afectados por la picota destacaba el Panteón de San Fernando, que si bien no se demolería en su totalidad, resultaba necesario derribar sus corredores sur y oriente, perdiéndose también una importante porción de su patio grande, y desde luego, diversos sepulcros que obligaban a la exhumación de los restos ahí existentes. La demolición de esta parte del cementerio permitiría la construcción de una nueva calle, alineada al paño frontal del templo de San Fernando, la cual correría en dirección oriente poniente. (Fig. 3).

De norte a sur se debería regularizar el trazo de una calle existente, a fin de hacerla concurrir al centro de la glorieta, donde

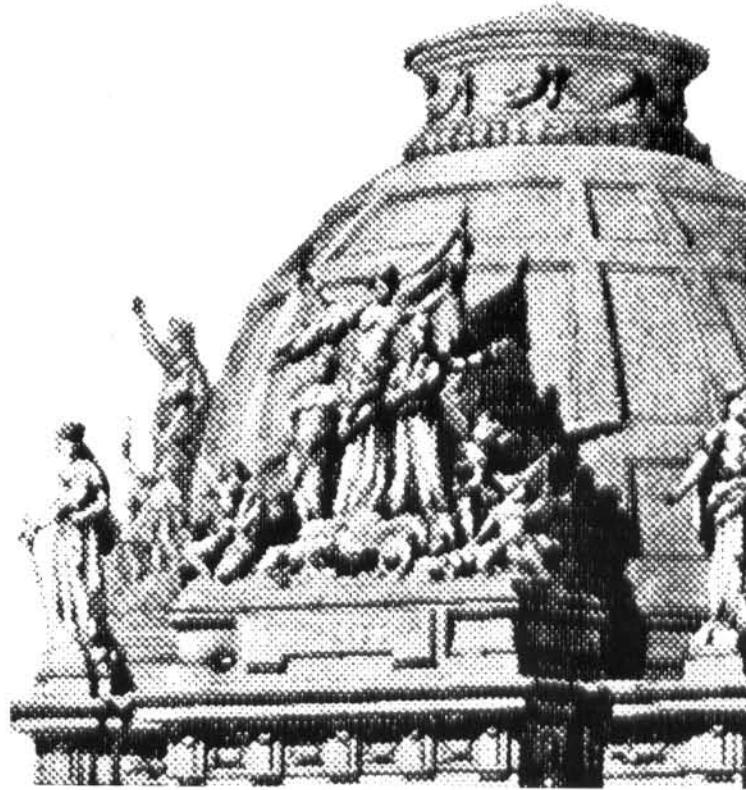
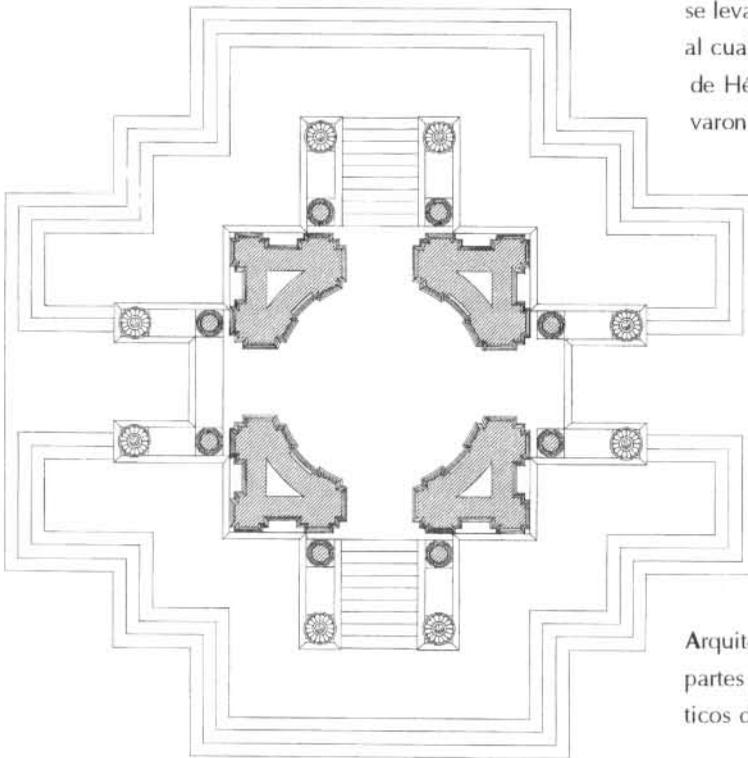


FIGURA 7. ESTE GRUPO ESCULTÓRICO REMEMORABA LA HEROICA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL,



se levantaba el Panteón Nacional. Esta rúa, en razón del sitio al cual concurría, se conoció desde entonces con el nombre de Héroes, perdiendo el de Humboldt, el cual sólo conservaron las calles ubicadas al sur de la avenida de San Hipólito (Puente de Alvarado).

EL PROYECTO

El Panteón Nacional sería el sitio de reposo de los restos o cenizas, y en ningún caso de los cadáveres, de los hombres cuya memoria la patria quisiera perpetuar. El periodo de descomposición de los cuerpos de estos patricios se llevaría a cabo en los cementerios comunes, a fin de que transcurriera el tiempo necesario para atenuar posibles pasiones políticas y asegurarse también de que quienes ahí reposaran, fueran verdaderamente merecedores de tal distinción.

Arquitectónicamente, el Panteón Nacional constaba de dos partes principales: una de ellas era un conjunto de cuatro pórticos de seis metros de ancho por ocho de altura, los cuales

FIGURA 8. PLANTA DEL MONUMENTO CENTRAL. CÁMARA SUBTERRÁNEA EN CUYO CENTRO SE LOCALIZARÍA LA URNA CON LOS DESPOJOS MORTALES DE LOS HÉROES.

circundaban el perímetro de la glorieta y cuya secuencia sólo se interrumpía en los sitios donde desembocaban las calles de acceso. En los intercolumnios de estos pórticos se localizarían urnas para depositar las cenizas de los hombres ilustres de la República. (Fig. 4).

Al centro de ese espacio, sobre una plataforma a la cual se accedía por escalinatas, se levantaba un cenotafio con planta de cruz griega y 22 metros de altura sobre el nivel medio de la plaza, dedicado a los máximos héroes de la patria, bajo el cual se localizaría una cripta de granito ricamente ornamentada, en cuyo centro habría una urna donde reposarían sus restos mortales. (Fig. 5).

El monumento, coronado por una cúpula, poseía en sus frentes cuatro grupos escultóricos, que —a decir del autor del proyecto— evocarían cada una de las etapas más conspicuas de nuestra historia, a saber, la Independencia, la Reforma, la Intervención y la Paz. En los ángulos del cenotafio, se colocarían estatuas representativas de la Perseverancia, la Lucha, la Justicia y la Historia, las cuales al igual que los grupos escultóricos fueron proyectadas

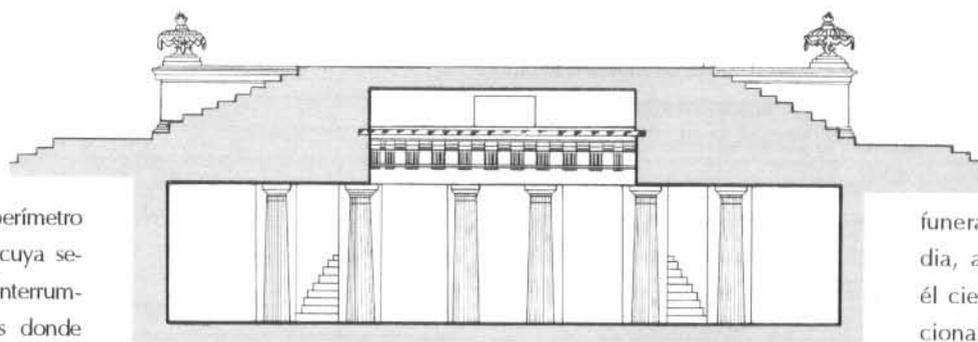


FIGURA 9. CORTE DE LA CRIPTA DEL MONUMENTO CENTRAL. SALA HIPÓSTILA, DONDE REPOSARÍAN LOS RESTOS DE LOS ADALIDES DE LA PATRIA.

por el italiano Enrique Alciati, autor también del «Ángel» y las demás esculturas de la Columna de la Independencia. (Figs. 6 y 7).

La cripta, de planta cruciforme, poseía cuatro salas hipóstilas, las cuales tendrían urnas murales esperando los restos de quienes se hicieran merecedores de reposar en este sitio. Estas salas también daban marco a una rotunda, donde estaría la urna que guardaría los preciados restos de los caudillos, (Figs. 8, 9 y 10). Las formas arquitectónicas de este recinto subterráneo se identificaban con el estilo Luis XVI, el cual asociado al orden dórico era considerado de viriles proporciones y de sentido

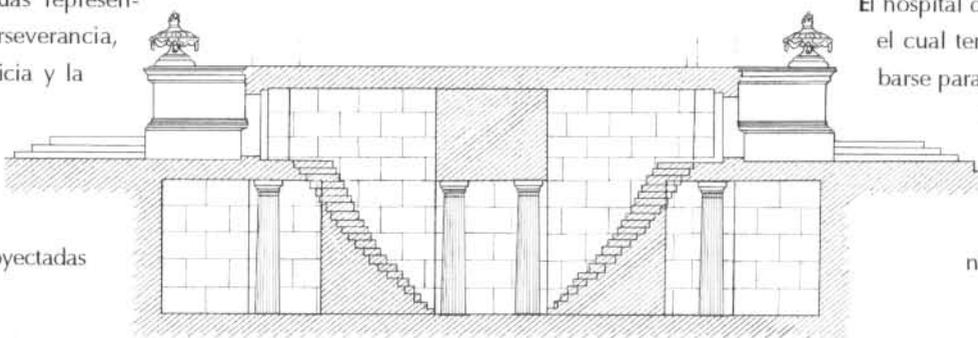


FIGURA 10. CORTE DE LA CRIPTA DEL MONUMENTO CENTRAL. DOS ESCALERAS CONDUCIRÍAN AL INTERIOR DE LA CRIPTA.

funerario por Heredia, además veía en él cierto carácter nacionalista, por haber

sido la arquitectura vigente en la época de la Independencia. Las salas hipóstilas estaban techadas con bóvedas planas, mientras que la rotunda central, con una bóveda encasetonada. (Fig. 11).

EL DESARROLLO DE LAS OBRAS

Hacia agosto de 1907, a más de cuatro años de haberse colocado la primera piedra —según un diario de la época— el avance de las obras del Panteón Nacional marchaba con toda la rapidez que podían hacerlo aquellas construcciones que para resultar magníficas no podían ser descuidadas en ninguno de sus detalles. Esto seguramente significaba que no existía un ritmo muy intenso de trabajo, pues la misma prensa recordaba que aún quedaban tres años para ser concluida, pues su inauguración sería parte de las magnas celebraciones del primer centenario de la Independencia.

El hospital de San Hipólito, el cual tendría que derribarse para dar lucimiento al mausoleo, continuaba en pie, pues el manicomio de La

Castañeda, proyectado por el coronel Porfirio Díaz, que lo sustituiría, aún no se había comenzado a construir; su erección se inició un año más adelante. También quedaban pendientes de expropiación algunos de los terrenos, cuyas edificaciones deberían demolerse para abrir o corregir la dirección de las calles de acceso al monumento.

Hasta ese momento se tenía terminada la cripta, el basamento y las escalinatas de acceso a este último. Las columnas del cenotafio habían sido labradas, pero aún no habían sido ensambladas en su lugar. Asimismo, se habían terminado los modelos de las esculturas y se emprendían los estudios para su fundición, a la vez se tallaban los relieves de mármol que se colocarían dentro del cenotafio en los pórticos perimetrales. Aparentemente no se había tenido ningún avance. (Fig. 12).

QUEBRANTO DEL VIEJO SUEÑO

Poco tiempo después, como resultado de haber sido trasladada la responsabilidad del Panteón Nacional de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas a la de Gobernación, se comisionó al ingeniero Guillermo Beltrán y Puga, Director General de Obras Públicas, para

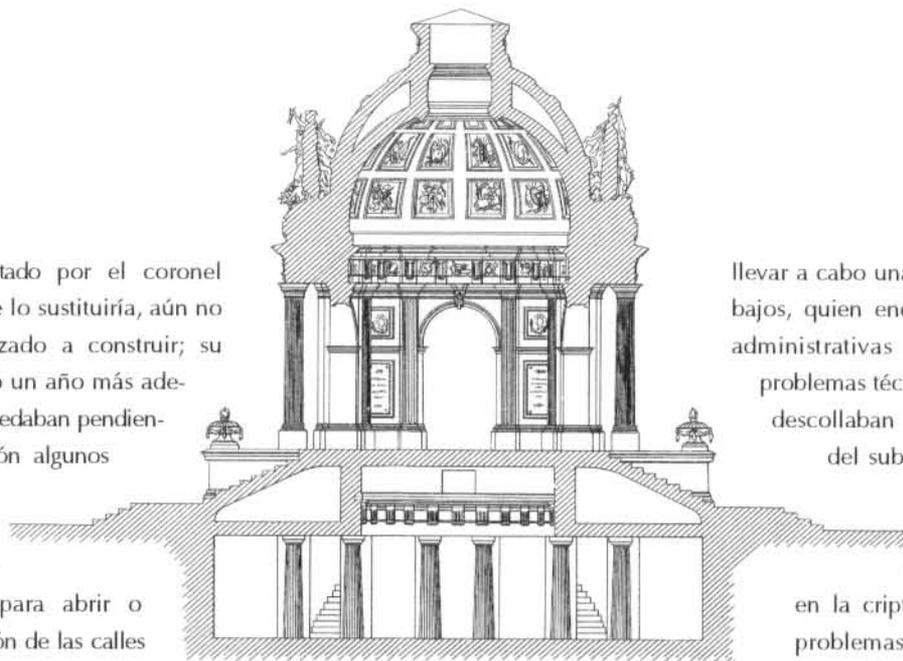


FIGURA 11. CORTE LONGITUDINAL DEL MONUMENTO CENTRAL. VEINTIDÓS METROS SOBRE EL NIVEL DEL PISO SE ELEVABA EL MONUMENTO CENTRAL.

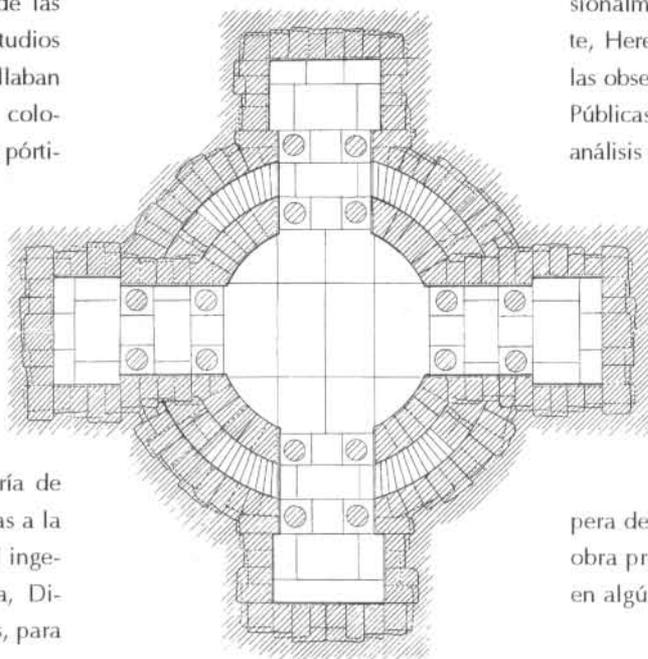


FIGURA 12. APROXIMADAMENTE ESTO FUE LO QUE LLEGÓ A CONSTRUIRSE EN MÁS DE CUATRO AÑOS DE TRABAJOS. EL CENOTAFIO, CUYAS BASES APARECEN SOMBRADAS, NO LOGRÓ ELEVARSE MÁS ARRIBA DE ESTA PLATAFORMA.

llevar a cabo una inspección a los trabajos, quien encontró irregularidades administrativas así como diversos problemas técnicos, entre los cuales descollaban filtraciones de agua del subsuelo al interior de la cripta, hundimientos en la plataforma de cimentación y en la cripta misma; además de problemas para su desagüe, debido a que el colector municipal estaba más alto que el nivel del piso.

Antes de que Heredia pudiera rebatir los argumentos de Beltrán, la Secretaría de Gobernación decidió, a fines de febrero de 1908, suspender provisionalmente las obras. Al mes siguiente, Heredia argumentó que muchas de las observaciones del director de Obras Públicas se debían haber basado en su análisis de los planos realizados para el monumento a los Héroes de la Independencia y no en los del Panteón Nacional. La obra permaneció detenida hasta marzo de 1909, cuando se acordó desarmar la parte construida y almacenar las piedras que la formaban, en espera de determinar si más adelante la obra proseguiría en ese mismo sitio o en algún otro.

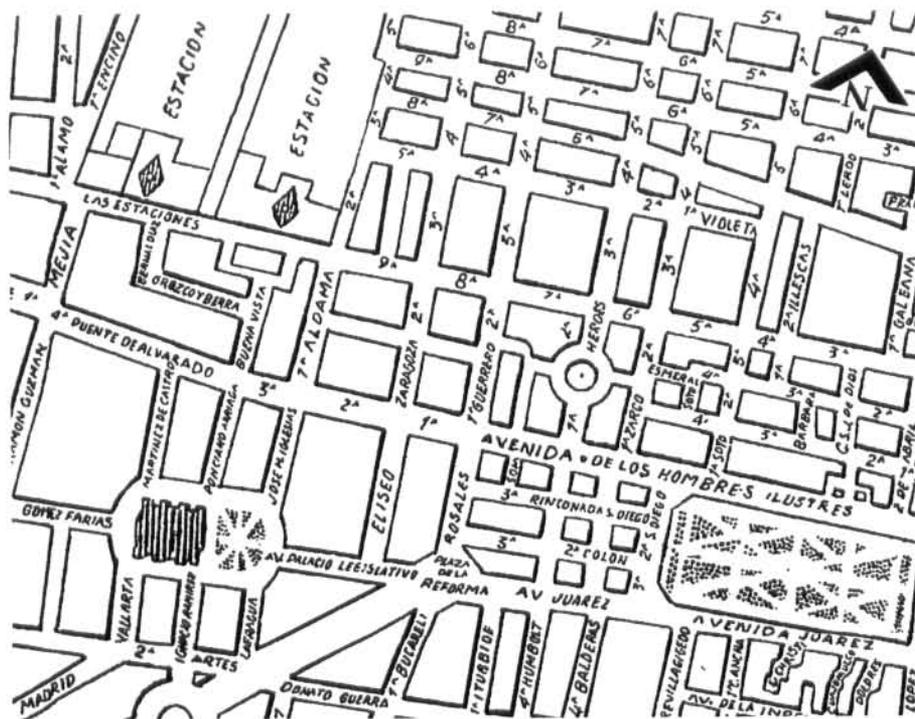


FIGURA 13. PLANO DE LA CIUDAD DE MÉXICO EN 1913, FRAGMENTO. LA GLORIETA DEL FRUSTRADO PANTEÓN NACIONAL YA SE ENCONTRABA EN USO. HACIA LA DERECHA DEL PLANO SE APRECIA LA ALAMEDA CENTRAL, A LA IZQUIERDA EL INCONCLUSO PALACIO DEL PODER LEGISLATIVO, Y EN LA PARTE SUPERIOR, LAS ESTACIONES DE LOS FERROCARRILES CENTRAL Y MEXICANO.



FIGURA 14. BIBLIOTECA CERVANTES, 1923. ESTE EDIFICIO CONTRIBUYÓ A SEÑALAR EL RUMBO DEL NACIONALISMO ARQUITECTÓNICO Y A BORRAR DE LA MEMORIA EL PANTEÓN NACIONAL.

Sin embargo, se decidió concluir la plaza circular donde se ubicaría el Panteón Nacional, y también las dos calles proyectadas para desembocar en ella. Para llevar a cabo estas obras se completó por fin la expropiación de los predios necesarios, y del panteón de San Fernando se derribó completo el corredor sur y una pequeña parte del ubicado hacia el oriente. No obstante, esta demolición resultó de menor envergadura que la necesaria para haber concluido el Panteón Nacional. (Fig. 13). Así terminó el sueño, largamente cultivado, de contar con un monumento en el cual reposaran los restos de los caudillos de la Independencia, los cuales continuaron en la Catedral Metropolitana, hasta el 16 de septiembre de 1925, cuando fueron trasladados a la Columna de la Independencia en el

Paseo de la Reforma, convirtiéndose ésta en un monumento funerario.

La plaza circular, donde se ubicaría el frustrado Panteón Nacional, permaneció algunos años en servicio, pero al cabo del tiempo desapareció para dar paso, entre otros, a dos importantes edificios construidos en 1923 por los gobiernos posrevolucionarios. Uno de ellos es la Biblioteca Cervantes, y el otro, el Centro Escolar Belisario Domínguez, ambos son ejemplos notables de la arquitectura neocolonial, los cuales también se encargaron de borrar los últimos vestigios de una importante obra arquitectónica del porfirismo, que hoy pretendemos sacar del olvido.

ARCHIVOS CONSULTADOS

Archivo Histórico del Distrito Federal. Gobernación.

Un agradecimiento a Paulette Morales por su colaboración en la localización del material.

BIBLIOGRAFÍA

Ayala Alonso, Enrique. *La casa de la Ciudad de México*, Evolución y transformaciones, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.

Desentis M., Alfredo. *Rotonda de los Hombres Ilustres*, México, Departamento del Distrito Federal, 1985.

Fernández, Justino. *El arte del siglo XX en México*, UNAM, 1983.

Galindo y Villa, Jesús. «El Panteón de San Fernando y el futuro Panteón Nacional. Notas históricas, biográficas y descriptivas.» en *México, Museo Nacional. Anales del Museo Nacional*. T. IV, núm. II, 1907.

«La Plaza Mayor de la Ciudad de México» en *Magazine de Geografía Nacional*, t. III, núms. 7 y 8, México, jul.-ago. 1926.

Anales de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, México. Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, núm. 8, oct. 1903.

Morales Martínez, María Dolores. «La expansión de la ciudad de México (1858-1910)» en Gustavo Garza, (comp), *Atlas de la Ciudad de México*, México, El Colegio de México-Departamento del Distrito Federal-Plaza y Valdés. 1988. fasc. 3.

HEMEROGRAFÍA:

El Mundo. Diario de la Tarde. México, t. XIV, núm. 2094, 15 may. 1903.

La Patria, diario de México. México, año XXVII, núm. 7938, 16 may. 1903.

El Imparcial. México, 5 ago. 1907.